

Dorthe Nors

Espejo, hombro, intermitente

Traducción del danés de Victoria Alonso



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Spejl, skulder, blink
© Dorthe Nors & Gyldendal
København, 2016

Publicado con la ayuda de
DANISH ARTS FOUNDATION

Ilustración: © Photographer's Choice / Getty Images

Primera edición: mayo 2019

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
© De la traducción, Victoria Alonso, 2019
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2019
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-8036-6
Depósito Legal: B. 9901-2019

Printed in Spain

Black Print CPI Ibérica, S. L., Torre Bovera, 19-25
08740 Sant Andreu de la Barca

Sonja se encuentra en el interior de un coche. Ha traído consigo el pesado diccionario, que descansa dentro del bolso sobre el asiento trasero. Está en plena traducción de la última novela policiaca de Gösta Svensson, cuya precedente entrega ya había sido más floja. Pensó: he de hacerlo ahora que puedo permitírmelo. De modo que buscó autoescuelas en Internet y se apuntó en la de Folke, situada en el barrio de Frederiksberg. La sala destinada a la parte teórica, pequeña y azul, huele a humo añejo, a vestuario. No obstante, el teórico fue bien. Además de Folke, solo había otro en la sala de la edad de Sonja, pero era uno que pillaron conduciendo bajo los efectos del alcohol, así que se mantenía apartado. De esta forma se veía a Sonja sentada asomar entre los jóvenes, además el instructor la escogió para exemplificar el cursillo de primeros auxilios. Señaló el lugar de su cuello donde debían imaginarse que a ella se le había bloqueado la respiración. Ejecutó sobre ella la maniobra de Heimlich, puso los dedos en su rostro, introduciéndolos en el borde del cuello, deslizándolos por sus brazos arriba y abajo. En un momento dado le estranguló la garganta, aunque eso no fue lo peor. Lo peor vino cuando ellos mismos tuvieron que hacer las prácticas. Resultaba

humillante que un chaval de dieciocho la tumbara sobre el costado manteniéndola en dicha posición. De hecho le entraron mareos, pero no podía consentir que se percataran de ello. *Tú sí que eres combativa*, decía siempre su mamá. Esa es Sonja: nunca se rinde. Debería, pero no lo hace, *entonces presionadís con fuerza el corazón treinta veces y comprobáis si respira*, dijo el profesor de primeros auxilios.

En última instancia eso es lo importante, piensa Sonja: respirar, y aprobó el teórico. La práctica constituye siempre su problema, por eso ahora se encuentra en el interior de un coche. Está muy bien haber llegado tan lejos, aunque no es suficiente; le habría gustado tener habilidad, que le saliera de forma automática. Como Kate, la hermana de Sonja, y su cuñado Frank, que se sacaron el carnet de conducir en los ochenta. En su tierra, Balling, sentían inclinación por quemar rueda, las carreras entre rastrojos y los coches trucados. Durante la adolescencia Kate se lanzó a todas esas calamidades que de mayor teme. Polizón en coches para el desguace, mujer fatal de las fiestas del pabellón, centro de atención en las reuniones del club y los encuentros de gimnasia deportiva. A Sonja no le extrañaría que Kate hasta hubiese usado el coche alguna vez deslizándolo discretamente hasta casa. En Balling, los coches se deslizan discretamente por la carretera que va por detrás de la iglesia, y también el coche de Sonja avanza discretamente, pero eso es porque se le da mal conducir. Lo difícil de entender es el funcionamiento del coche y las clases de conducir no han estado exentas de problemas. El mayor de todos se encuentra ahora sentado junto a Sonja en el coche. Se llama Jytte y el humo adherido a la sala donde se imparte la teoría es suyo. La autoescuela está galvanizada con humo de cigarrillo, y la mayor parte de ese humo ha pasado por los pulmones de Jytte. Cuando Sonja llega, la ve sentada en la oficina de Folke, metida en Facebook o

abriendo las pruebas médicas de los otros alumnos. *Melanie, la de la coleta, no ha superado el reconocimiento*, le grita a Sonja en la puerta. *Algo de tipo nervioso, ¿lo sabías?*

Sonja no lo sabía, pero tampoco ella superó el reconocimiento médico. Tiene un trastorno en los oídos. Lo ha heredado de su madre; no pueden mantener el equilibrio en posiciones extremas. Aunque durante mucho tiempo creyó que se había librado, sin embargo apareció el vértigo posicional. Se denomina vértigo posicional paroxístico benigno. Demasiada palabreja para el lugar de donde viene Sonja. Hasta eso lo tiene bajo control. No va a consentir que sea un impedimento, de manera que ahora se encuentra sentada al volante. Lleva a Gösta en el asiento trasero y a Jytte junto a ella.

Como Jytte tiene tantas preocupaciones, no ha encontrado el momento de enseñar a Sonja a cambiar de marchas. Sonja conduce con Jytte desde hace seis meses y aún no se apaña con las marchas. En cuanto ve la oportunidad Jytte le ahorra el trabajo, pues al encargarse ella misma del cambio de marchas no tiene que cambiar de tema: su hijo va a casarse, a su nieto le van a poner un nombre terrorífico, su nuera viste de forma absurda y la hermana del nuevo marido de la madre de su cuñado acaba de morir.

—Los tailandeses no saben conducir.

Sonja y Jytte están paradas en un semáforo de Frederiksberg. El humo del último cigarrillo fuera del coche ha entrado con ella en el habitáculo. Ahora se mezcla con el sudor que segregá Sonja. Pone el intermitente a la derecha, la mano de Jytte descansa sobre la palanca de cambios, mientras la propia Sonja permanece alerta a los ciclistas.

—La de ahora se llama Pakpao. ¿Pakpao? ¡EN VERDE! ¡METE SEGUNDA! ¡SEGUNDA! ¡LA BICI!

Jytte cambia a segunda al tiempo que Sonja evita a una bicicleta.

—Y además está casada con un viejo cerdito de setenta y cinco. Ha entrado en la oficina haciéndose el gallito y todo.

El coche ha avanzado un buen trecho en dirección al centro de la ciudad, la circulación es fluida, así que Jytte puede perfectamente meter la cuarta. Utiliza el embrague para el profesor, entonces señala una delicatessen:

—Ahí hacen una estupenda cabeza de jabalí y foie-gras templado con beicon y salchichas de cóctel. Adoro la Navidad, en realidad nunca me cansaría de ella. Pero a ti también te gustará, supongo.

Están a primeros de agosto y a Sonja no le entusiasman las Navidades. Las relaciona con las listas de la compra de Kate y tratar de minimizar los daños volviendo atrás en el tiempo, pero asiente de todas formas a la pregunta de Jytte. Quiere estar a buenas con Jytte cuando, a fin de cuentas, es la que lleva el coche. Y en el fondo siente también simpatía por ella, pues Jytte le ha contado que es de Djursland. De una aldea que está cerca de Nimtofte. El padre de Jytte era el encargado del comercio local de forraje, situado justo enfrente de la escuela, de forma que Jytte podía, de una carrera, ir a casa a comer durante el tiempo de almuerzo. Se mudó a Copenhague con veinte años. El hermano menor del policía de la localidad tenía una habitación de sobra en Hvidovre. El hermano también era policía, y a Jytte siempre le han gustado los hombres de uniforme. Ahora vive en Solrød, tierra adentro, pero en aquel entonces había que salir a bailar hasta que desapareciese el olor a campo de labranza danés.

Sonja le dijo a Jytte que le resultaba difícil imaginar que procedía de Jutlandia. No se percibe en su manera de hablar, y por lo general resulta difícil entender lo que dice Jytte. A la derecha es *adech*, a la izquierda es *aiquer*, y no se trata de un dialecto, sino solo del modo más breve que tiene Jytte de dar directrices sin tener que cambiar de tema.

—No te queda mucho jutlandés —dice Sonja.

—Pues tendrías, adech, que escucharme cuando charlo por teléfono con mi hermana. ¡FLECHA VERDE, FLECHA VERDE! ¡GIRA, JODER! ¡UNA BIC!

Sonja gira a la derecha mientras piensa cómo se la oirá a ella cuando habla por teléfono con Kate. Aunque ya casi nunca habla por teléfono con Kate, además van a adentrarse en el barrio de Vesterbro. Más adelante las espera Istedgade con sus embotellamientos y Jytte le cuenta que le encanta la iluminación sueca de la escalera en las ventanas. Y también tiene que haber adornos plateados en el árbol de Navidad, pero su nuera no es del mismo parecer. En su casa todo lo que el árbol lleve ha de ser blanco, cosa incomprensible para Jytte, igual que tampoco entiende por qué Folke acepta tantos extranjeros en la autoescuela.

—Que vayan a sus propias autoescuelas —dice Jytte—. No entienden lo que les digo. Es, aíquer, peligroso conducir por ahí con ellos.

Sonja piensa en el comercio de forraje de Djursland. También en Balling tenían uno. Al otro lado de la carretera se encontraba la tienda de la cooperativa Dagli Brugsen, a la que denominaban Dawli-Aage por el almacenista. Ya no hay ningún tendero, ni carnicero, ni oficina de correos en Balling. Las granjas con campos de labranza se han devorado unas a otras y solo quedan dos, que han suprimido todos los accesos, a y desde la ciudad, que había en forma de vías lácteas, sendas que constituían mentideros de señoritas durante la sobremesa y cañadas corrientes. Balling parece un caso aislado de civilización en el interior de un maizal sobredimensionado; sin embargo, a sus espaldas, la landa ha escapado a la productividad. Hay allí cisnes cantores, y a pesar de que ya casi nadie trabaja en el campo, las cocinas campesinas siguen siendo enormes. Tienen el tamaño de pequeñas cantinas. En un extremo, una larga

mesa laminada para los trabajadores emigrados, y nuevos materiales en la ventana. Siempre había que hacer sitio en el banco al trabajo manual y así Jytte se sentaba en Djursland balanceando las piernas. Es el recreo largo y ha corrido a casa a comer y sus pies no tocaban ni el suelo. Lleva calcetines rojos hasta el tobillo y una falda de cuadros escoceses. Su mamá ha puesto ante ella una rebanada de pan blanco. La madre cuece el pan ella misma; está seco y Jytte unta la rebanada con margarina. Entonces toma el paquete de azúcar moreno. Cruje. Resulta divertido apretujar el azúcar en la margarina. Puede pasarse largo rato apretujándola. Después escucha cómo el azúcar moreno continúa crujiendo en el interior de la boca. Se disuelve en la saliva, que se vuelve dulce como almíbar. Pronto sonará el timbre. Cuando el timbre suena la mamá grita que va a llegar tarde. Jytte se ve obligada a cruzar corriendo la carretera rural con sus piernas igual que baquetas.

—¡FRENA, JODER! ¡PERO CÓMO COÑO NO HAS VISTO EL PASO DE PEATONES!

Jytte frenó y redujo a primera. Mientras estaban detenidas miraban a un amedrentado hombre con chubasquero.

—¡Tienes que parar para que pase la gente! —dice Jytte.

—Lo sé de sobra —dice Sonja.

—¡Pues desde luego no lo parece! —dice Jytte quitando el pie del embrague, primera marcha, segunda.

Suena el móvil de Jytte. Transitan por Vesterbrogade, tercera. El marido de Jytte tiene las mañanas libres y no encuentra el mando a distancia.

—ESTÁ EN EL CESTO. SÍ, EL CESTO. EL CESTO AL LADO DE (adech, pon el intermitente, ponlo, joder, adech, despacio, ¡DESPACIO!), costillas de cerdo asadas, creo.

Suben Istedgade junto a bandadas de bicicletas brillantes. A Sonja se le ha nublado la vista, apenas puede respirar, sin embargo resuelve sola, en términos generales, un giro a

la izquierda en el cruce con Enghavevej. Jytte ha dejado de hablar con su marido, pero descubre un mensaje con foto de su nuera. La imagen muestra al nieto de Jytte llevando un traje de bautizo, su voz se torna blanda, como para que Sonja mire la foto a su vez, aunque por su parte tendrá que esperar, así que Jytte deja el teléfono móvil en el salpicadero.

Es complicado determinar los límites en el coche. El alumno en prácticas ha enajenado su voluntad y en una ocasión Jytte la obligó a adelantar a un carrito de salchichas. Habían estado conduciendo relajadamente, hasta que llegaron a un lugar donde había una isleta en la vía. Una isleta y un carro de salchichas. Se supone que Sonja no debía adelantar, pero los que venían detrás empezaron a impacientarse y pitaban. *¡Vamos, coño! ¡Adelanta!*, gritó Jytte, tras lo cual Sonja giró el volante para meterse en el carril contrario, adelantó, y a continuación lo giró de nuevo para regresar a su propio carril, tan rápido que estuvo a punto de rebanar al vendedor, que iba tirando del carro de salchichas. *Un poco más y cargas con una muerte sobre tu conciencia*, dijo entonces Jytte.

Aún tiene metida en el cuerpo la vergüenza por aquello. La vergüenza y el miedo al homicidio, mientras se acercan a Vigerslev Allé. Dicha avenida pasa junto al cementerio Vestre Kirkegård, y Jytte determina que giren al llegar al cementerio para rodearlo por completo.

—Pues lo cierto es que me encanta Vestre Kirkegård —se aventura a decir Sonja—. Abajo en el fondo tiene una capilla con madera contrachapada sobre las ventanas. Creo que han dejado de usarla. También hay una avenida de álamos retorcidos. Y un pequeño lago. Adoro venir aquí y tumbarme sobre una manta a leer.

Jytte ve la lectura como algo para gente de vacaciones y los cementerios son para los muertos. Hay muchos difuntos en la familia de Jytte. Algunos perecieron en acci-

dentes de tráfico, otros murieron a causa de un cáncer o en accidentes laborales. La madre de Jytte vive todavía, pero la hermana padece KOL, una enfermedad pulmonar, y ahora Sonja debe girar. Tiene que girar a la izquierda. Espejo, hombro, intermitente, embrague hasta el fondo. Jytte cambia a segunda, aunque Sonja escoge por sí misma el carril para dar el giro. Ha elegido el correcto, cosa que no resulta fácil, cuando hay muchos. Luz roja, reducen a primera, se dedican a esperar. En el carril para ir la derecha hay un furgón. Le da gas mientras está parado.

—Aborígenes —dice Jytte señalando al furgón.

Sonja mira la luz del semáforo. Ahora cambia. Ella avanza. El furgón avanza y gira a continuación metiéndose delante de Sonja. Está prohibido torcer a la izquierda desde un carril de giro a la derecha. Sonja lo sabe perfectamente y Jytte también. Ella ya ha bajado la ventanilla y sacado una mano que muestra el dedo corazón mientras ha estirado la otra hasta el volante para tocar el claxon. A un mismo tiempo pita y mueve el dedo, paradas en el cruce en plena luz verde. El furgón se ha detenido a su vez en el cruce y ahora baja su ventanilla.

—¡PAKIS! —chilla Jytte.

—¡JODIDA PUTA! —grita el furgón.

Sonja piensa en los primeros ministros enterrados en el cementerio. Es tan agradable llevarse allí una manta. Así tumbada mira a Hans Hedtoft mientras los patos graznan y el tejado de la gran capilla reluce con el sol. Semeja la celestial Jerusalén, o un cachito deslindado de Dinamarca. El sonido de los coches se oye lejano. Huele a tejo y boj, prácticamente es como estar aislada en mitad de la nada. En teoría, un ciervo podría pasar por allí, además ha comprado una pastita para el café, ha robado hiedra de las matas. Los muertos no meten ruido, y si tiene suerte alguna rapaz planeará por encima. Así tumbada puede evadirse.